

LECTURA SOBRE LA CUESTION DEL TIFO.

Todos cuantos tuvimos el gusto de oír el dictamen leído por el relator, quedamos verdaderamente encantados y casi sorprendidos aun conociendo otros trabajos del mismo autor. Puedo decir que pocas veces habíamos visto otro trabajo más bien hecho, más concienzudo, más lógico y más elegante que el del dictamen en que vamos á ocuparnos. Al hacer la crítica de todos los trabajos, pero particularmente de los dos que principalmente tomó en cuenta la Comisión, hizo el señor relator un análisis tan bien hecho y minucioso, que por sólo su lectura puede uno darse cuenta tan perfecta, que no necesita leerlos. Pudiera decirse que la exposición de las ideas está hecha con tal elegancia y perfecta buena fe, que bien pudieran agradecerla los autores de los trabajos, pues está mucho mejor y más clara que en los trabajos mismos. Y es tanta la buena voluntad del señor relator, que hace cuanto le es posible por ocultar lo censurable y poner de manifiesto lo que es digno de alabanza.

Pero tan grande como fué nuestro deleite al escuchar la parte expositiva del magnífico dictamen, fué grande, y si es posible mayor, nuestra sorpresa al ver las conclusiones. El gobierno había encomendado á la Academia y la Academia á la Comisión, que otorgara, ó mejor dicho, que señalara al que hubiera descubierto el microbio del tifo ó tabardillo y al que lo hubiera ayudado, para otorgarles un premio.

Otro premio era otorgado al que la Academia hubiera designado como autor ó descubridor de un suero preventivo ó curativo del mismo terrible mal. Toda otra designación para otro premio, por cualquiera otro motivo, era salirse fuera del programa que la Comisión tenía. Ahora bien, se desprende claramente del dictamen, y todos los que como yo le aprobamos en lo general, tendrán que estar de acuerdo conmigo: 1º que ninguno de los dos autores de los dos trabajos que la Comisión tomó en cuenta descubrió ningún microbio; 2º que los dos autores demost-

ron una gran falta de técnica y de criterio bacteriológicos; 3º que no había tampoco premio posible para el que hubiera ayudado á un descubrimiento que nadie había hecho; 4º que no hubo tampoco descubrimiento de suero preventivo ni curativo. Luego, en consecuencia, no hay lugar á premio y si la Comisión lo pide, basándose en otras consideraciones, se sale fuera de las atribuciones que la Academia le dió. Si trabajaron más ó menos; si por ello perdieron ó dejaron de perder, nada de eso tenemos que ver nosotros.

Esa es la ley natural. Si dos mineros inteligentes y laboriosos invierten su tiempo y su dinero en busca de un filón de oro, y uno lo encuentra y otro nó, ó ninguno de los dos, la fortuna será para el que lo hubiere encontrado y la ruina para él ó los que fracasaron. Estas consideraciones se refieren á los dos trabajos de los dos autores y á las conclusiones del dictamen en lo que tienen que ver con ellos.

Pero uno de ellos no se quiere conformar con su fracaso, cree que la Comisión le tiene mala voluntad, sin considerar que si así hubiera procedido, para ella tendría que ser la vergüenza y para él el triunfo definitivo. ¿Qué no ve el autor, que tanto él mismo como la Comisión, se encuentran ante el mundo civilizado y científico y que si hoy por nuestra parte le negáramos el triunfo, al otorgárselo la ciencia, más tarde quedaríamos en el más espantoso de los ridículos?

El señor Otero apela de la sentencia de la Comisión, cuyo *ma] vouloir* atribuye sin razón al señor Ramos, relator, y quiere buscar la aprobación del señor Gaviño Iglesias, el que hasta hoy se ha negado á terciar en la contienda. ¿Sabe el señor Otero por qué? pues porque él ha repetido en el Laboratorio Bacteriológico, todas las experiencias é investigaciones que tienen algún viso de verosimilitud y no ha encontrado el plasmodium del señor Otero y porque, sépalo de una vez, está completamente de acuerdo con la Comisión en todo, menos como yo, en que se otorgue ningún premio inmerecido.

El señor Otero, con toda buena fé, trata de dealumbrar á los estudiantes y á la prensa, poniendo de manifiesto que ha estudiado con un tesón digno de todo elogio, por espacio de *dos años y medio*.

¿Qué risa no dará á los bacteriologistas de veras? Todos sabe-

mos el grandísimo tesón y los años y más años que pasaron antes que Koch y Klebs y Behring, hicieran sus inmortales descubrimientos.

Estando yo en Viena, Klebs señaló, después de proflijos estudios hechos con criterio verdaderamente bacteriológico, un microbio como el de la tuberculosis.

Al mismo tiempo, otro médico, cuyo nombre no quiero recordar, sin el menor fundamento sólido científico, propuso el ácido benzoico como el remedio heroico contra la tuberculosis. ¿Cómo fué tratado uno y otro por los hombres de ciencia? Klebs aunque por entonces no descubrió nada, fué elogiado muchísimo porque demostró ser de la madera de los verdaderos sabios y descubridores, como lo demostró, entre otros, su descubrimiento del bacilo de la difteria—después, no de dos años y medio, sino de más de veinte de laboriosas investigaciones. El otro, sin criterio científico alguno, fué tratado con el mayor y más merecido desdén. El Dr. Otero, que se compara á sí mismo con Jesús, cree ser víctima de la persecución de sus enemigos, que le arrebatan su descubrimiento y con él el pan de sus hijos. Sus laboriosas investigaciones y su celo científico, han dado al traste con sus facultades intelectuales y morales, ¿que extraño es que tenga alucinaciones y que en medio de ellas vea ese plasmodium que va á decirnos el Sr. Dr. Toussaint, qué cosa es y lo que quiere representar?

Lo extraño es que la Comisión, que lejos de perseguir al Sr. Dr. Otero le tiene la mejor buena voluntad, tome su trabajo en consideración.

Arrebatado, como hace un momento dije, de su fervor científico, pierde también su criterio moral, creyéndose autorizado á hacer experimentos en sus semejantes, disponiendo de su salud y tal vez de su vida ¡¡ porque están en la miseria y porque él tiene un poco más de dinero que ofrecerles en cambio!!

DR. VÉRTIZ.